

## CAPÍTULO I

No hay nada más real que lo imaginado. Imaginado, imaginado, imaginado, I-MA-GI-NA-DO... Repetido hasta la saciedad, o mejor, hasta la infinitud, parece la resonancia del bajo de Jaco Pastorius, con aquellas estridencias locas, enervantes... Tú sabes muy bien que esta primera frase no existiría sin ti. Tú lo sabes, mi amor, que esta historia será más tuya que mía, aunque la deba de contar yo, tal como me lo has pedido, y aunque yo la haya vivido antes que tú.

Tú conoces, en consecuencia, que ya yo había renunciado a tocar ese fragmento de nuestras vidas, esa parte inhóspita de mi rebelde adolescencia y de mi primera juventud, de toda una generación acallada.

Demasiado pesar, demasiada amargura. Burujón de años perdidos, y el mismo y reiterativo esfuerzo por intentar olvidar, por borrar las evocaciones de un tajo.

Cuando casi lo había logrado, llegaste tú, y susurraste con esa intensidad de la que te impregna la yerba: «Escríbela, coño, chica». Como si fuera poco, insistes, con la sinceridad tan inocente que todavía te define, que es tu sello distintivo: «Escríbela. Solo tú podrías contar aquel espanto».

Hace un año, mientras cenábamos en Don Camarón, en Miami, hablábamos de esa posibilidad remota, de que yo escribiera un guion para una película sobre aquellos años oscuros de lo que se llamó en La Habana «la Jipada» o «la Jipangá», por lo de jipi, que venía por supuesto de hippie.

«Muy pocos saben que fuiste una jipi cuando hubo que serlo», dijiste. Es cierto, pero... «à quoi bon s'en souvenir?». ¿Para qué acordarse ahora tras más de seis décadas de silencio agónico? ¿Y quién se arriesgaría a filmar una película con semejante tema?

Hoy, ya muy tarde, de madrugada después de un café (*when else?*), he salido a deambular por Saint-Germain-des-Près. Es la forma que encontré hace años para inspirarme, probablemente mejor que encerrada en casa, de manera más calmada, sin esos internos resortes airados en solitario; es como único las fuerzas ocultas y los hados camuflados en «gnomos verdes de jardines franceses» (risas acordándome de la cara que pondrías) impregnan mis ansias y remueven mis viejos y opacados recuerdos, como si los lustraran.

Y entonces yo, que hace tiempo decidí despojarme de esos sentimentalismos de antaño, con sus sombríos y maltrechos resquicios, he vuelto a desear, a escribir sobre aquel país, y sobre aquella condenada época; sí, sobre la noche de las miradas brillantes.

Me entraron esas ganas «con pinga» —que diría Dioni, el baterista— de contar sobre ti y sobre mí, cuando todavía no nos conocíamos, aunque ya cada uno iba por su lado haciendo estragos, mejor dicho, soportándolos, tan solos... E intentábamos sobrevivir... Tan solos tú y yo en aquel país.

No tenía ni idea de cómo empezar a contar la historia, y tú aconsejaste, en tono cauteloso, a mí me sonó incluso demasiado respetuoso: «Empiézala con Mijito Frankenstein», aquel personajón de “la Jipada”, una especie de “ángel terrible”, mitad filósofo, mitad brujo... «Descríbelo en su fulgurante fealdad, con su abominable belleza», añadiste.

«Todo ángel es terrible», escribió Rainer Maria Rilke. Y eso era Mijito Frankenstein, «un ángel terrible». Tal como tú mismo lo percibiste hace varios meses, o décadas, un demonio angelical tumbado desde aquellas nubes espumosas que cubrían la tenebrosa noche habanera, que otrora fuera la noche de Guillermo Cabrera Infante, la luminosa de los cabareses y los bares repletos de cubanos y turistas llegados de todas partes divirtiéndose hasta el frenesí.

Pero he aquí que debo detenerme, voy, marchó ¿hacia dónde...? Paso la mano, las yemas de los dedos por las piedras antiguas del muro que cercan y levantan el muelle del Port del Arsenal. Acaricio la madera del muelle, mi anclaje en esta larga lejanía; y desde allá arriba, desde esa «altura inextricable», como derribado, desmayado o escupido desde el cielo o desde del otro muro que rodea a mi barrio, que circunda a esta ciudad cundida de muros (me persiguen los muros), ha caído, como que se ha derramado, una sombra alada, enfundada en una capa negra. Mis dedos sangran raspados por la aspereza de la piedra.

Lleva chistera, igual que uno de los personajes de *Bouvard y Pécuchet*, la novela de Gustave Flaubert, que empieza precisamente en un banco del Boulevard Bourdon, a pocos metros de donde ahora me encuentro. Abre la capa a todo lo ancho de esta recurrente oscuridad, despliega sus alas perfumadas al vetiver, tan parecidas a las alas del personaje de

Wim Wenders, en aquella película de los ochenta: *Las alas del deseo*<sup>[1]</sup>.

El plumaje es frágil, endeble. Por su perfil el personaje pareciera compungido, marcado por un rictus, agitado con un tic de deseoso. No consigo distinguir enteramente su rostro. El ángel, o lo que sea, lo disimula, lo esconde temeroso entre las enormes manos. ¿De dónde ha salido?

Intuyo que ha podido desprenderse de una abultada nube —estrellas no hay, casi nunca las ha habido—, o ha sido desgajado más bien de mi presentimiento, percibo que me invitará a oír, más bien a «escuchar» una de sus melodías preferidas. Una de aquellas estridentes melodías secretas...

Abrumada entrecierro los párpados, pestañeo y respiro apenas como si los efluvios de un ácido invadieran el ambiente, me tumbo en el quicio de la acera, cansada, demolida. Muevo mi cuerpo hacia atrás en cámara lenta, presiento que me amodorrará el sopor. Aquel letargo agobiante proveniente de la otra ciudad: la ciudad de mis desvelos, de mis pérfidos orígenes.

Y allí está él —indiscreto reaparecido—, arrimado a la fuente de los Leones.

Ahí, sí, trémulo, junto al Convento de San Francisco de Paula. Igual que ayer o que ahora, envuelto en una capa negra, vestido todo de color azabache. Algo asombroso, cuando todos se vestían de verde olivo —color que con los años se ha convertido en verde «olvido»—.

Abrigado en esos tejidos tenebrosos y sin embargo va descalzo. Sus pies son bonitos, su piel es pálida. Lo único bonito son sus pies, el resto es deprimente. Es en lo primero

---

1 *Der Himmel über Berlin*, conocida también como *Las alas del deseo* o, en España, *El cielo sobre Berlín*, es una película alemana de 1987 dirigida por Wim Wenders. N. del E.

que reparo, en sus pies, sí, lo único lindo que lo distingue. Mi mirada recorre el cuerpo desde los pies hasta la cabeza —en sentido contrario, como todo lo que yo hacía en aquella época, invariablemente en sentido contrario—; y por fin llego al rostro.

Estudio detalle a detalle la cabeza y sus desiguales y monstruosas protuberancias, clavo mis pupilas en los ojos extraviados, muy separados de la nariz abombada encima del jorobado tabique. La boca grande, los labios cuarteados y los dientes imperfectos (aunque blanquísimos), las orejas puntiagudas, el pelo largo y revuelto. Una melena que cubre sus hombros y sus espaldas, una melena fuera de la norma, cabellera insumisa. Una melena perseguida, hostigada por la ley. Una melena acusada y acusadora. La frente abombada y ancha, ¿ya lo dije? Una frente de hombre inteligente, sabio, aunque algo ansioso. Una sonrisa despejada, y diría hasta atrevida, como de medio lado.

Había acabado de cumplir los trece años, corría el mes de mayo, y todavía no había leído a Rilke, pero me pareció que aquello que tenía enfrente era lo más parecido a un ángel, un voluminoso ángel siniestro y «terrible». Tal como mi abuela describía a los ángeles, y tal como los interpretaba de la lectura de la Biblia. La Biblia, que para entonces ya la había leído, catolicismo obligue, muy a escondidas, régimen tiránico obligue. La Biblia, tan prohibida como esa vapuleada melena, tan perseguida como su pelo negro y espeso. Un libro oculto y negado, como mismo negaban a los ángeles por toda aquella infernal ciudad, en aquel deleznable suelo de aquella maldita isla.

Corría el año 1972, año en el que se consolidaron por fin las relaciones entre Cuba y el «hermano pueblo soviético». Año pesado y gris.

Paralizada ante semejante visión, la del ángel, no me atreví a corresponder con una sonrisa a aquella otra tan generosa que iluminaba sus imperfectos y aterradores rasgos.

Extendió la mano. No era una mano, era definitivamente una garra.

—Me dicen Mijito Frankenstein... Frankenstein como el monstruo cariñoso de la vieja película. Encantado —articuló con una voz de ultratumba, subrayó lo de cariñoso.

Su voz me agradó, porque en aquella época ya yo leía toda la buena literatura gótica censurada. Lecturas a escondidas, como todo lo bueno, que en aquella isla siempre debimos consumir a escondidas.

Estiré mi brazo y mi mano nerviosa fue atrapada por la suya, gigante, tibia, firme.

—A mí me dicen Lilith, como la primera mujer de Adán. Soltó una estruendosa carcajada:

—O como la mujer del Diablo, Lilitú, demoníaca hija de Sumeria —añadió mientras extraía un aparato de una especie de grueso morral.

—Mi nombre verdadero es Eva, como la segunda mujer de Adán.

—Ah, como *La Eva futura*<sup>[2]</sup>, de Villiers de l'Isle Adam...

Asentí sin poder averiguar todavía que Frankenstein estaba haciendo referencia a uno de los libros que con posterioridad influenciarían en mi existencia de mujer libre.

El grosero artefacto era una especie de radio ruso, un Selenia. Más tarde supe que jamás lo abandonaba, que aquel Selenia era su más valioso tesoro, su más amada pertenencia.

---

2 *La Eva futura (L'Ève future)* es una novela de ciencia ficción simbolista escrita por el francés Auguste Villiers de l'Isle-Adam. Publicada originalmente en 1886, es célebre por popularizar el término «androide». N. del E.

—¿Quieres «escuchar» música de la de verdad? —inquirió siempre sonriente y subrayando el verbo «escuchar», con un timbre de voz dulcificado y casi reverenciado.

—No oigo ninguna música —respondí con un deje despreciativo, de rebeldía.

—¿Por...? —Aunque ya él sospechaba mi respuesta.

—No me gusta la música de aquí. Odio la música de esta gente, la que nos han impuesto...

Hizo un gesto rotundo, me calló con un signo de su mano abierta.

—Me refería a «escuchar música», auténtica música, esa que merece la pena «escuchar» tras largos períodos de obediente silencio, no a los himnos —reiteró, más bien paladeó, la palabra «escuchar».

Sus dedos largos y nudosos empezaron a maniobrar en los botones del aparato, el Selena. Esas articulaciones de los dedos deformes tentaron experimentados, hicieron contactos insólitos con efluvios, emanaciones, sonidos inauditos provenientes de un más allá también vedado. Nos acomodamos, arrebujados uno al otro, pegados al deteriorado mármol de la Fuente de los Leones.

Por fin Mijito Frankenstein consiguió dar con lo que sus dedos indagaban. Entonces anunció parsimonioso:

—Ahora mira hacia el cielo y «escucha» esto...

Dócil, dirigí mis pupilas al cielo. Y «escuché» atenta, virginal, aunque todavía un ápice renuente, poco a poco mucho más que asombrada, conmovida: entre atónita y aturdida, aturullada.

Mi percepción auditiva titiló con cada una de las estrellas que cundían aquella vasta inmensidad ignorada por mí hasta aquel instante. Comprendí entonces el sentido de la palabra «divinidad».

—Sí, soy muy feo, meto miedo, y no soy el único, tengo una hermana todavía más fea que yo, ¿qué culpa tengo...? —susurró—. Pero feo y todo, sé lo que es la buena música, y amo a Dios...